

HACIA UNA SANA PEDAGOGIA

En el número En-Febr. de "ECA" ofrecimos a nuestros lectores la primera parte de este estudio titulada "Situación moral de la Juventud centroamericana y sus causas". Hoy publicamos esta segunda parte donde propone el autor una serie de ideas y principios orientadores a una futura pedagogía.

Una vez señaladas las fallas de la educación, que han traído como consecuencia, al menos en parte, la crisis de moralidad que sufre nuestra sociedad, y para que el trabajo sea constructivo, quiero indicar una serie de orientaciones que pienso constituirían una solución desde el punto de vista pedagógico.

Mis ideas serán un comentario al libro del conocido pedagogo alemán Friedrich Wilhelm Foerster, "Die Hauptaufgaben der Erziehung" ("Temas capitales de la educación").

Es menester que el educador esté plenamente convencido de que **la pedagogía** no es sólo, digámoslo así, la ciencia de enseñar a tratar a los jóvenes, sino **una ciencia auxiliar para todas las profesiones humanas** —dice Foerster. Dondequiera que ejerzamos una actividad profesional habremos de enfrentarnos con hombres y tratarlos con delicada circunspección. Y así cada día resulta más patente que la pura política, la técnica, la industria y la economía mundial van siendo cada vez más impotentes para resolver con medios puramente materiales, sin excluir la bomba atómica, los grandes problemas de la humana colaboración; y que se va haciendo sumamente necesaria la alta ciencia de influir rectamente en el sentimiento humano de la personalidad. Tan cierto es esto, que no tendría nada de extraño que, mucho antes de lo que nos figuramos, sucediera a la grande

era de la técnica una nueva edad del humanismo. Por eso interesa tanto más a la pedagogía —que es en cierto modo la ciencia especial del manejo correcto de los hombres— hacer todo lo que esté en su mano para profundizar este que es su propio problema y para ampliarlo mediante el estudio de las experiencias que suministra el manejo de los animales y la práctica de tratar debidamente a los anormales. Sólo así se elevará al rango de consejera verdaderamente competente para todos los conflictos humanos. Tal ampliación psicológica de los problemas de la educación tendría su repercusión incluso en el terreno propio y más restringido de la pedagogía".

"Vistas todas estas responsabilidades, resulta de la mayor importancia el que **la educación, verdadero arte de influir en la voluntad, proceda con su propio ejemplo** de una elevada cultura social, en lugar de ejercer sin más el derecho del más fuerte. Ahora bien, cultura social significa cooperación en vez de opresión, inteligencia mutua en vez de sujeción, salvaguardia de los propios derechos mediante un respeto mayor de los derechos ajenos".

"El educador, ya que no ha de tratar de sofocar una vida ajena, sino de ayudarla a desenvolverse; debe ante todo dar personalmente ejemplo de tal cultura social y debe

mostrar cómo puede uno imponer su propio derecho sin exasperar ni rebajar a los prójimos. Tal arte, que es un verdadero arte social de guiar, es el que asegura al educador un éxito profesional profundo; de lo contrario, podrá sí apuntarse ciertos éxitos de disciplina exterior, pero en lo más hondo sólo originará rebelión y con su ejemplo transmitirá a la joven generación su propia incultura”.

“El error fundamental de los viejos métodos de educación y la causa de muchos de sus fracasos precisamente frente a la juventud moderna consistía en que se trataba de **influir en la voluntad desde fuera**, violentamente y con procedimientos demasiado mecánicos, sin apoyarse bastante en las mejores energías de carácter del educando ni mostrar suficiente respeto a la individualidad y a la característica peculiar de la acción personal. La pedagogía misma obedecía todavía demasiado a un estado poco desarrollado de cultura social; ella misma no desarrolló con bastante autonomía su propio principio de estimular y guiar a las almas, imitando más de lo debido los métodos policíacos del antiguo orden social, que incluso en su propio terreno no estaban ya a la altura de las nuevas exigencias”.



DOLOFIN VITAMINADO
ES MAS RAPIDO CONTRA
EL DOLOR DE CABEZA
PORQUE ESTA REFORZADO
CON TIAMINA
Q. 0.15 Tableta

“La nueva pedagogía tiene que irse transformando en una ciencia y un arte del manejo de los hombres, no sólo para la guía de la juventud, sino para todas las profesiones: sólo así se verán realizadas las esperanzas que pone en la futura labor de la educación una humanidad desgarrada por los odios y las violencias”.

1.—Realidad actual.

“Antes, dicen, se juzgaba en la familia con tremenda severidad el primer paso dado tras lo prohibido, considerado como un comienzo funesto. Con esta perspectiva podían los padres conceder cierta libertad a los hijos y a las hijas; hoy, en cambio, **abundan cada vez más los padres incapaces de inspirar a sus hijos el horror a lo mal hecho**, puesto que ellos mismos no sienten tal horror. Es que al bien, lo mismo que al mal, se aplican medidas sumamente elásticas. En tales ambientes, ¿qué firmeza se puede esperar de los jóvenes que en grandes oficinas y talleres están expuestos a toda clase de influjos disolventes?”.

“Sin duda alguna, una parte de la **delincuencia juvenil** es sencillamente la expresión natural de una época, en que la manera de pensar de numerosos adultos sobre la vida y el deber aparece verdaderamente infantil. ¿Qué se puede esperar de los inferiores cuando los normales y cultos quieren hacer de su vida licenciosa nada menos que una “reforma sexual” y de su carencia de sentido de lo moral una filosofía de la vida? En realidad, la asistencia más urgente a perturbados, tarados y abúlicos no se proporciona con meras legislaciones y asilos, sino ante todo con la presencia de ideales inquebrantables que, como enérgicos remedios “ortopédicos”, actúan sobre una vida interior desbaratada y hasta pueden llegar a proteger a más de un temperamento anormal contra la tiranía de sus inferioridades. Pero precisamente estos profundos fundamentos de la “asistencia juvenil” se hallan hoy en parte dislocados. ¿De qué podrá servir entonces toda técnica de la vigilancia?”.

“Otro síntoma de la desaparición de la fuerza de resistencia personal es la crisis sexual de nuestra época. En ella se manifiesta la total inseguridad con que el hombre de hoy se enfrenta con las exigencias de su naturaleza orgánica. La esencia de esta crisis estriba no ya en la pujanza de la vida sexual,

sino en la circunstancia de que el hombre moderno desconoce en absoluto las razones que pueda haber para resistir. Un escepticismo disolvente acerca de lo bien fundado de las exigencias del espíritu enerva las cuerdas de la voluntad; se han perdido completamente de vista los ideales que hasta ahora habían estimulado a la resistencia, con lo cual es evidente que los instintos tienen ya de antemano ganada la partida”.

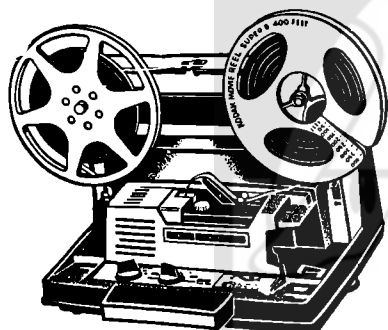
“No tenemos el menor reparo en afirmar que dondequiera cae por tierra un santuario de la religión, un centro de recogimiento y reflexión espiritual y moral, hay que abrir un sanatorio para nerviosos”.

“Esta incapacidad de resistencia de que vamos hablando se manifiesta también en lo que en sentido propio se califica como falta de carácter, en esa inconsistencia del individuo ante los influjos de la sociedad. La protesta de Nietzsche contra la prepotencia de la sociedad, su conocido aforismo “la comunidad hace común”, es decir, vulgar, podemos entenderlo en sentido recto si nos representamos todos los peligros que supone el influjo de las masas en una conciencia inerte. Sin un ideal que robustezca el carácter personal

nos convertiremos muy pronto en juguetes de nuestra vida instintiva social, de nuestros respetos humanos, de nuestra ambición, de nuestra coquetería social y de todos los demás sentimientos gregarios”.

“La vida de masas, el trato con los hombres, la organización colectiva, la fuerza de la opinión pública y su poder de expresión, van cada día en aumento, mientras la organización de la vida interior se va relajando cada vez más; así, necesariamente debe esfumarse el individuo, pese a todo su individualismo, que se convierte en un derecho del individuo a cambiar continuamente a fin de acomodarse a los más variados métodos y exigencias colectivas”.

“Pero lo más peligroso de todo es, sin duda, la moderna condescendencia frente a lo patológico. Nunca, como en nuestros tiempos, se había podido gloriarse la ciencia de tal conocimiento de lo patológico, ni nunca como en la actualidad se había declarado la voluntad tan impotente ante sus exigencias. De esta manera se descarta el resorte más importante del carácter contra la fuerza demoníaca de lo inferior en la vida, la conciencia de la culpa y de la responsabilidad”.

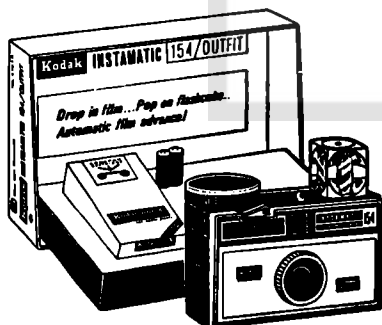


Salvador Photo Suply **V. Crisonino y Cía.**

PROYECTOR KODAK AUTOMATICO

M 85 Instamatic fino,

M 50 y M 65 modelos más baratos.



CAMARA KODAK INSTAMATIC 154 - E

Modelos 224, 354 y 404.

Calle Delgado 314,

Teléfonos: 21-9622 y 21-3727.

San Salvador, El Salvador, C. A.

2637

"Lo anormal y lo patológico se eleva a la categoría de oráculo, contra el que no hay obligación ni posibilidad de resistir. Y así estamos asistiendo a una bancarrota de las energías más hondas y personales del alma humana, no obstante la enorme actividad del hombre moderno. De ahí que por todas partes empieza a dejarse sentir la rebelión contra la desespiritualización del hombre y contra la opresión del mundo interior por el mundo de fuera. Índice muy significativo de esta situación es el deseo de una formación sistemática del carácter, que se va expresando cada día con más fuerza. Una genuina educación debe liberar al hombre de su tiempo, es decir, de la adaptación pasiva a las exigencias del mundo, a fin de constituirle señor de sí mismo y de las cosas exteriores".

"De ahí se origina una función organizadora y normativa del alma, no sólo frente a las exigencias del cuerpo y a los alicientes de la civilización moderna, sino también frente a lo que reclama la vida profesional con todas sus múltiples tentaciones. Lo importante es también aquí no someter el carácter sin resistencia a las prácticas vigentes; más bien se debe poner la vida al servicio de la más alta misión espiritual".

2.—Objetivos claros.

Para poder educar, es decir, para poder preparar a los jóvenes en su misión humana, no se puede improvisar. El educador tiene que estructurar primero su propia misión, ver qué es lo que pretende, jerarquizar los medios y los ideales, para tener un objetivo al que aspirar.

"En primer lugar, el educador ha de ser realista, es decir, ha de ponerse ante los ojos, sin ningún género de ilusión, el material de toda educación, a saber, la naturaleza humana, a fin de poder adaptar constantemente los medios educativos a la condición real del educando".

"En segundo lugar, debe tener el educador un objetivo universal, inequívoco e inamovible, es decir, debe saber perfectamente a dónde quiere ir y a qué nivel quiere elevar con su educación y formación, pues sólo educadores consecuentes y conscientes de su propósito pueden formar caracteres consecuentes".

"Por fin, el educador debe colocarse a sí mismo en cuanto sea posible en el estado de alma que corresponde a su tarea".

"Todo el punto flaco de la moderna sabiduría pedagógica está precisamente ahí, en que ni se cumplen las condiciones que acabamos de señalar, ni se garantiza su juego mutuo. ¿Qué decir, por ejemplo, del realismo? El hombre moderno cree que este es precisamente su fuerte. Pero, si bien se mira, es sólo realista respecto a la naturaleza material, que en cuanto al hombre interior es sencillamente ilusionista o utópico. A fuerza de concentrar toda su atención en el mundo exterior, ha ido perdiendo la facultad de percibir el mundo interior".

"El educador debe tener conocimiento del ideal, y ello es tan necesario como el conocimiento del material. ¿Hasta qué punto están hoy los educadores seguros del fin que persiguen? Vivimos hoy en una época en que las verdades más sólidas se desmoronan. Las tristes consecuencias que de ahí se siguen para la vida volitiva del hombre, nadie las ha expresado con más vigor que Nietzsche, que prorrumpe en esta exclamación: "Nada nos habla ya de deber. Nada se parece más al caos. ¡Esto es insoportable!".

Para poder tener ideas claras respecto a la educación y sus objetivos, y los medios a escoger, es preciso tener una idea principal y directriz, que jerarquice los demás elementos. Es preciso, pues, tener una filosofía de la educación.

"Recapitulando: Para una auténtica formación del carácter son de capital importancia las grandes decisiones y orientaciones fundamentales de la vida, porque en ellas es donde triunfa la energía, la consecuencia y la unidad de la voluntad personal contra las arbitrarias inspiraciones de fuera. Sólo si llego a decidirme sobre la orientación general de mi vida lograré ser el organizador de mi existencia, sin caer presa de cualquier influjo y capricho. No tiene nada de extraño que precisamente en nuestra época se atribuya al subconsciente la verdadera inspiración de nuestro obrar. En realidad, cuanto menos se deja al hombre guiarse por grandes y bien asimilados principios, tanto más dispuesto está a ceder a procesos e impulsos subconscientes".

"Con razón achaca Eucken a las modernas ideas una absoluta falta de capacidad "electiva" y añade que por eso mismo todo nuestro sistema de formación corre peligro de degenerar en una multiplicidad confusa y caótica. El hombre se convierte en mero catálogo de materias científicas sin orden ni concierto;

se ve asediado por un sin fin de intereses que pretenden todos tener influjo en el cuadro de la formación. Hoy no se sabe qué respuesta dar a la pregunta ¿qué es lo formativo?, pues para ello habría que comenzar por responder a la cuestión mucho más profunda. ¿cuál es el fin supremo de toda formación? Precisamente por este ejemplo se puede estudiar la desorientación en que se encuentra actualmente nuestra educación, o mejor dicho, en él echamos de ver hasta qué punto se halla el hombre, por falta de una filosofía de la educación de grande envergadura, encadenado a finalidades puramente temporales, sacrificando sin resistencia el desarrollo autónomo del alma humana a determinadas exigencias aparentes de la evolución económica”.

“Si en vista de estas desviaciones o de esta estrechez de miras tratamos de definir la sustancia de la educación, habremos de decir: **La educación no consiste en comunicar al hombre tales o cuáles hábitos, sino ante todo en enseñarle a dar la debida jerarquía a las finalidades de la vida**, de modo que aprenda a dar la preferencia a lo trascendental y a resistir a tiempo a la presión importuna de los fines particulares y accidentales”.

3.—Elementos esenciales en la educación.

Ya desde la más tierna infancia, pues los primeros son los años más decisivos en la educación, es preciso **infundir en el niño unas pocas, pero claras ideas fundamentales**: su voluntad no es la ley suprema, hay valores superiores a su capricho; el ambiente tiene que ser de gran libertad, para fomentar la iniciativa creadora, y despertar la bondad del corazón como hombre llamado a una misión sublime humana y divina; no se puede permitir el egoísmo en ninguna de sus formas; más bien es preciso despertar desde el comienzo un profundo sentido social de convivencia; acompañándolo de una auténtica y profunda caballerosidad, deferencia y delicadeza.

4.—El verdadero concepto de “hombre”.

Todos somos conscientes del concepto de “hombre” que predomina en nuestro ambiente. El “machismo”, en su aspecto sexual y violento, es el ideal que se proponen muchos de nuestros jóvenes. Dejando de lado el aspecto sexual, por el que no se diferenciaría el hombre del animal si se dejara llevar por

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a

TROPIGAS

Convéñase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.

el instinto, pasará a analizar el aspecto de violencia.

Según el filósofo alemán **Max Scheler**, el hombre es el ser capaz de decir "no" a las reclamaciones de sus instintos. El psiquiatra Juan José López Ibor comenta esta idea en su libro "Rebeldes": "Tiene que decir "no" a sí mismo, a aquellos impulsos primarios del ser que necesitan ser canalizados para que pueda florecer la libertad personal. En las aguas cenagosas de los instintos, la libertad no florece. No hay que huir de la libertad, sino enfrentarse con ella. Y la forma primaria de libertad es la que se tiene frente a sí mismo".

"No cabe la menor duda —dice **Foerster** en su libro citado—: **El hombre será tanto más hombre cuantas más responsabilidades reconozca**; y al mismo tiempo esta conciencia de la responsabilidad dimana —desde el punto de vista puramente mundano, no del sobrenatural o religioso— de una delicada sensibilidad para los derechos de los demás".

"En este sentido no podremos acentuar lo bastante cuán lejos de la verdadera fortaleza varonil están todos estos tipos de hombres tan extendidos hoy día, que a cada palabra dejan traslucir la falta de respeto de los derechos de los demás, junto con una falta de comprensión de sus apuros y humillaciones, y que saborean, como la más alta manifestación y realización de su bizarria masculina la afirmación bronca y sonora de sus propios derechos y pretensiones".

"Toda esta manera de ser y de comportarse proviene a la postre de puro miedo y preocupación por su propia existencia, por su influencia y por su honor; no son en su fondo más íntimo más que pobres cobardes repletos de miedo, que precisamente por eso se ven siempre de pie junto a su equipaje con rostros duros y voces de amenaza, pero que no derrochan jamás fuerza ni inteligencia para darse siquiera cuenta de lo que corresponde a los demás, no digamos para apoyarlo o defenderlo".

"Lo característico del hombre, en oposición a este estado infantil, consiste precisamente en pasar del estadio receptivo al estadio productivo, en dar, más bien que en recibir, en sacrificarse, en lugar de exigir únicamente sacrificios ajenos. Para mejor comprender estas dos actitudes vamos a contraponer dos series de preguntas. El niño dice: "¿Qué me van a dar?". El hombre, en cambio: "¿Qué doy yo?". El niño pregunta: "¿Cómo cumplen

los otros sus deberes para conmigo?". El hombre: "¿Cómo cumplo yo mis deberes?". El niño pregunta: "¿Se me comprende?". En cambio, el hombre: "¿Comprendo yo a los demás?". El niño pregunta: "¿Cómo me quieren?". El hombre: "¿Cómo quiero yo?".

"Según **Adler**, la gente que sufre algún defecto corporal o síquico tiene tendencia a **compensar esa deficiencia con alardes exteriores de fuerza** y toda clase de bravatas". Esta afirmación puede servir para bajar los humos y poner freno a las pretensiones y aspavientos de ciertos adolescentes.

Ciertas manifestaciones de rebeldía y desobediencia, en efecto, son muchas veces expresión de una inestabilidad e inseguridad internas. Obediencia, humildad, modestia, a la vez que una fuerte personalidad, son los verdaderos indicios de una fortaleza segura e invulnerable. El que tiene valor para ser modesto demuestra que no necesita hacer aspavientos para hacerse valer y tener una acción eficaz.

"En una revista de estudiantes de Suiza se leía una vez esta frase: "Un hombre es lo contrario de lo que hoy se tiene por hombre". No cabe duda de que uno de los principales cometidos de la futura revisión de nuestras ideas de fuerza y poder y afirmación de la personalidad, ha de ser el revalorizar muchos conceptos corrientes sobre el hombre. ¿Qué superficiales y qué contradictorios son todavía nuestros conceptos sobre el honor masculino! ¿Qué esclavo de la opinión ajena es el hombre que hace depender de esos conceptos su afirmación personal y qué poca dignidad varonil, consciente de sí misma, se manifiesta en tales casos!

En cambio, nada es tan fundamental para la verdadera serenidad varonil, sin la que en esta enmarañada existencia precisamente el hombre más sensible se convierte en veleta que gira a todos los vientos, como un concepto de honor verdaderamente magnánimo e interior". "La irritabilidad viene siempre de alguna forma de temor: basta examinarse a fondo para descubrirlo. En cambio, el que está cimentado en algo inalienable e impecedero no se afana y se alborota por lo que se ha de perder. Y así sucede que apenas tiene uno el valor de adoptar esta actitud, inmediatamente se observa que incluso en sentido humano se desenvuelve mucho mejor que en un estado de inquieta afirmación personal".

5.—Pedagogía juvenil.

La pedagogía europea se ha caracterizado por lo general en una educación de fuera hacia adentro, es decir, en una imposición de normas, de actitudes, de conocimientos. Por su parte, la pedagogía norteamericana se ha fijado más bien en despertar y desarrollar cualidades y potencialidades internas del joven, en estimular su riqueza interior. De la síntesis de ambas corrientes tiene que surgir una pedagogía completa. Hay que despertar aptitudes y cualidades, pero a la vez es preciso imponerle normas y criterios, conocimientos y preceptos. Es preciso secundar la iniciativa y dinámica internas, a la vez que se impone una sana ascesis, no como destructora y vana, sino para mejor aprovechar lo positivo de la fuerza interior, en beneficio del hombre completo.

"El hombre, decía Scheler, es el ser capaz de decir "no" a la fuerza de sus instintos". Y tiene que aprender a decir "no", para poder decir "sí" plena y libremente a los valores más completos y universales del hombre. Esto requiere práctica, entrenamiento, fuerza de voluntad, sacrificio, hombría.

El pacifismo es una virtud fundamental que hay que formar en el niño, como consecuencia de lo anterior. Pero no un pacifismo de debilidad, de conformismo. Tiene que ser rebelde contra el mal, pero pacifista. Saber perdonar, que es más difícil que dejarse llevar por el espíritu de venganza. "Sólo le es lícito perdonar y olvidar a aquel que no lo hace por miserable indiferencia y falta de carácter, sino por una tan vehemente pasión por la lucha contra el mal, que no puede soportar el mal en su propia alma, cuanto menos ponerlo en práctica".

"Admiramos ciertamente al esquiador que con el "telemark" sabe pararse en seco ante un abismo, pero no recapacitamos cuánta mayor importancia tiene haber aprendido a poner freno a los arrebatos de la pasión antes de que nos precipiten en el abismo. "Pero ¡qué grande es la diferencia entre "yo" mismo y yo mismo!", dice San Agustín. La práctica de la ascética es un recurso para lograr que la parte más madura del "yo" instintivo, domine las manifestaciones exteriores de nuestra vida. Todo lo que se entiende como cultura del alma sólo se puede desarrollar si entre el estímulo y la reacción interviene un factor moderador que facilite el recogimiento interior, a cuyo abrigo, en la soledad y silen-

cio del alma podamos dar forma y armonía a los estímulos de la vida".

6.—Realismo.

Es de todos conocido la tendencia del joven al idealismo, a representarse un mundo concebido por él mismo. Esto da la impresión a veces, al menos a los mayores, de que los jóvenes no son sinceros, de que mienten. Para una recta educación, es preciso estimular al joven, o al niño, al conocimiento de la realidad: su propia realidad interna, la del mundo que le rodea, y la realidad humana exterior. Solamente con un conocimiento objetivo se podrá ser real y sincero. A esa realidad se le podrá añadir todo el idealismo del joven, pero ya sobre una base firme. Luego habrá que formarle en una veracidad y sinceridad plenas. Se le tendrá que ir despojando de su tendencia a la exageración, para ser sincero consigo mismo, en primer lugar, y también con los demás.

Nietzsche imagina el siguiente diálogo: "Tú has hecho esto", me dice la memoria. "Tú no has podido hacerlo", me dice mi orgullo. Al fin, quien cede es la memoria".

"Muchos muchachos débiles, de poco talento o poco acomodados, al despertarse en ellos los instintos sociales de igualdad y de adaptación, tienden en esta edad a aparentar. Precisamente en estos años conviene fomentar la fidelidad para consigo mismo, la dignidad personal y el amor de la sencillez, así como la aversión a todo género de disfraces". "El que está acostumbrado a mentir a los otros se miente también a sí mismo".

7.—Autoridad y libertad.

Este es uno de los puntos más importantes, a la vez que más difíciles, en la pedagogía. Autoridad y libertad, autonomía y obediencia, ¿son conceptos contradictorios, irreconciliables? El fin de la pedagogía es formar hombres, seres libres y responsables, no autómatas que al fallar la autoridad no sabrán actuar por sí mismos. Pero, a la vez, tenemos que formar hombres sociables, que dentro de una sociedad sepan convivir y conspirar al bien común, para lo cual tendrán que someterse muchas veces a una autoridad reguladora necesaria en toda sociedad bien constituida. La dificultad está en saber armonizar esos dos valores necesarios la independencia y autonomía creadoras y responsables, junto

con la sujeción y obediencia personales y socializadoras.

El educador tiene que dirigir ambas tendencias, educarlas y desarrollarlas, de modo que resulte un verdadero hombre, a la par que un ser social. Tiene que infundir un profundo sentido de subordinación y obediencia, pero razonada, fundamentada. **"Es quizá el error mayor y más propagado en la última generación de nuestros educadores el ilusionarse de haber educado a la juventud para la obediencia,** mientras lo que han conseguido en realidad con su sistema de autoritarismo exclusivista ha sido educar rebeldes, enemigos declarados de la autoridad y del orden, gente que durante años seguidos han dirigido todas las fuerzas de su alma al sólo objeto de poner zancadillas a la ley. Los frutos están hoy a la vista".

El joven ya no acepta hoy la autoridad por el hecho de ser la autoridad. Sin embargo, el joven, hoy también acepta y reconoce, y se somete, a una autoridad, pero ganada, en la que confía, a quien admira y respeta, a quien es consecuente con sus principios, a quien se dedica a él, a quien sabe darle responsabilidades, y hacerle sentirse hombre. Un maestro o educador que se meta en todo, que anule toda iniciativa, que lo fiscalice todo, que no sepa dar libertad, responsabilidad y autonomía, será visto como un simple policía, no como un educador, ni se ganará la confianza y la entrega de sus educandos. No tiene autoridad. El secreto, pues, está en saber delegar responsabilidades, bajo control, claro está, pero saber delegar en verdad, de modo que el joven vea que sirve para algo, y que se le respeta". **"Todo guía debe saber asociar lo particular a lo universal y subordinar lo accesorio a lo principal. Y esto sólo lo puede realizar si no se pierde en lo particular y accesorio, mas concentra sus energías en lo principal. Si es incapaz de esto, si no sabe respetar la autonomía de los mandos subalternos dejando un margen a su gusto de responsabilidad, es señal de que él mismo es un subalterno nato, un hombre de puros detalles que no merece realmente ocupar un puesto de mando. En realidad, ser guía significa saber educar guías, saber crearse sustitutos, saber hacerse innecesario"**.

A la vez que se asienta un verdadero sentido de la autoridad y la obediencia, hay que **saber delegar, saber despertar iniciativas,** saber educar la libertad, con una verdadera educación, es decir, con un control de esa

autonomía y libertad, de modo que no degeneren en una libertad vaga e imprecisa, próxima al libertinaje, peligro del mundo occidental; pero con un control y una educación que no mate la libertad, la responsabilidad, la autonomía y la iniciativa.

8.—La alegría como factor educativo.

Todo lo anteriormente expuesto es irrealizable en un ambiente forzado, desagradable, odiado, o triste. El educando tiene que asimilar estos principios, simpatizar con ellos, asimilarlos y encarnarlos, para que verdaderamente sean vitales, y puedan actuar en su vida. Para ello **es preciso crear un ambiente de simpatía,** de atractivo, de bienestar. Por otro lado, el niño es alegre, inquieto, juguetón, cariñoso. Es imposible que pueda aceptar un ambiente contrario a sus más íntimos sentimientos.

Pero eso no quiere decir un condescender totalmente con sus caprichos. Habrá que obligarle muchas veces a hacer lo que no le gusta, como formación de su carácter, de su mentalidad y de su personalidad. Incluso habrá que reprenderle y castigarle, motivándolo, para crear en él hábitos de rectitud y responsabilidad. Pero no puede ser siempre un ambiente de represión y castigo, sino más bien de bienestar y alegría, estimulando sus cualidades y sus "hobbies", para que se sienta a gusto.

9.—El educador y el espíritu de la época.

"Sin duda alguna la mayor dificultad que encuentra el educador es la siguiente: El educador está afincado en el pasado y ha de educar para un porvenir que está más lejos de él que de la generación sobre la que debe actuar. De ahí nace una perplejidad que debe considerarse como algo providencial: de hecho, significa la responsabilidad de quien debe preparar a la nueva generación para la realidad de la vida en que ha de desenvolverse, lo cual no exige en modo alguno que el educador se adapte a lo presente o a lo futuro, sino más bien que inicie a la juventud en los valores eternos e intemporales, que son los que deben orientar en toda adaptación a lo temporal. **No pocos educadores incurren en la falta grave de confundir lo temporal que ellos han respirado con lo eterno,** cayendo en el error de pretender que todo lo que a ellos les es caro debe dominar también la vida de

la nueva generación. Ahora bien, cuanto más se desprende el educador de una adhesión ciega y engañosa a lo pasajero y circunstancial, tanta más autoridad ejerce sobre la juventud a él confiada el poner ante sus ojos lo supratemporal, y tanto menos peligro corre de descuidar, por pura manía conservadora, la necesaria adaptación a lo nuevo y con ello la estimulante interpretación de esto nuevo en conexión con los valores supremos”.

“Todo esto vuelve a convencernos de que la adaptación práctica de la joven generación a las profundas exigencias de la gran era de la técnica no puede prescindir de la iniciación —aparentemente tan poco práctica— en el eterno patrimonio espiritual del hombre. Desde esta perspectiva se puede hacer asequible al joven pedagogo de nuestra época la inseparabilidad de los valores prácticos y espirituales de la formación”.

10.—Conclusión.

Puede haber habido errores, fallas y deficiencias en la educación. El mal hecho ya no se puede evitar haberlo hecho. La historia es irreversible. Bastante haremos, si reconocemos los yerros, y tratamos de corregirlos para el futuro.

La Iglesia Católica así lo ha hecho, dando una orientación nueva, aunque era la que siempre debería haber tenido como consecuencia de sus principios, en su pedagogía moral. El Concilio Vaticano II, en la “Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual” (nº 30), dice:

“La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia, se conforme con una ética meramente individualista. El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre. **Hay quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero en realidad viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales.** No sólo esto; en varios países son muchos los que menosprecian las leyes y las normas sociales. No pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen re-

paro en soslayar los impuestos justos u otros deberes para con la sociedad. Algunos subestiman ciertas normas de la vida social, por ejemplo, las referentes a la higiene o las normas de la circulación, sin preocuparse de que su descuido pone en peligro la vida propia y la vida del prójimo”.

“La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo. Porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extienden poco a poco al universo entero. Ello es imposible si los individuos y los grupos sociales no cultivan en sí mismos y difunden en la sociedad las virtudes morales y sociales, de forma que se conviertan verdaderamente en hombres nuevos y en creadores de una nueva humanidad con el auxilio necesario de la divina gracia”.

Para terminar esta larga exposición, creo que ningún párrafo mejor que el “epílogo” de **Alois Gruber**, en su libro “Jugend im Ringen und Reifen” (“La pubertad: desarrollo y crisis”):

“El estudio precedente es válido para la juventud actual. Se ha basado en los niños y adolescentes de nuestros días, distintos de los niños y adolescentes de épocas anteriores. Distintos, pero no peores. Tal vez mejores. Actualmente son más abiertos, más verdaderos; también son más tumultuosos, más sensibles y más aislados. Les oímos lamentarse: “La vida carece de sentido; tampoco lo tienen el suicidio, el amor y la amistad... El hombre está solo, irremediablemente solo; ni consigo mismo puede contar, puesto que es inaccesible a sí mismo...”.

“El adolescente se halla solo en el problema de su desarrollo. Solo entre los defectos, maldades y deformaciones de la crisis de nuestra cultura; solo en la agitación de su alma y en la inseguridad de los valores espirituales. Pero la nostalgia y la esperanza que hay en él no le permiten permanecer en la inmovilidad. A falta de otra cosa, pretende el adolescente llenar su vida con accidentadas excursiones o alocadas compañías; con la satisfacción de la sensualidad o con diversiones. Busca nuevos caminos. ¿Dónde se encontrarán educadores que comprendan a nuestra juventud y la ayuden en su camino?”.